

Hoy tocaría el evangelio sobre el perdón de las ofensas (hasta setenta veces siete) con la parábola tan límpidamente ilustrativa del servidor despiadado (Mt 18, 21-35). Pero he creído oportuno elegir para esta celebración eucarística el trozo evangélico que acaban de escuchar (Mt 16, 1-4), por participar ustedes de un Seminario de historia salesiana.

Adviértase, ante todo, que la expresión “signos de los tiempos” en el contexto evangélico en que se halla, posee un significado mesiánico y escatológico, que trasciende el sentido de tipo meteorológico. Más que de “signos de los tiempos” en el pasaje evangélico se debiera hablar de “signos del tiempo” o signos de la hora mesiánica.

En la documentación del Concilio Vaticano II la expresión “signos de los tiempos” está explícitamente presente en tres citas e implícitamente por lo menos en otras seis, pero sin mencionar la referencia bíblica. Por “signos de los tiempos” se entienden ahí “los fenómenos que, por su generalización y por su frecuencia, caracterizan a una época, y a través de los cuales se expresan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad presente”.

En tales fenómenos está presente el Espíritu de Dios. “Si nos situamos en la perspectiva de la fe -afirma el Papa -, vemos la historia, sobre todo después de la venida de Jesucristo, totalmente envuelta y penetrada por la presencia del Espíritu de Dios. Así se comprende fácilmente por qué, hoy más que nunca, la Iglesia se siente llamada a discernir los signos de esa presencia en la historia de los hombres, con la que, a imitación de su Señor, ‘se siente verdadera e íntimamente solidaria’ (*Gaudium et spes*, 1)” (Juan Pablo II, 1998).

Ya en 1600, Melchor Cano había visto en la historia un “lugar teológico”. En nuestro siglo, el cardenal Faulhaber había tomado como lema episcopal “*Vox temporis, vox Dei*” (la voz del tiempo es voz de Dios). La expresión “signos de los tiempos” había entrado explícitamente en el texto mismo de la convocación del Concilio Vaticano II, la *Humanae salutis* de Juan XXIII (25 de diciembre de 1961). Ese Papa la introdujo como elemento cardinal de la arquitectura de su encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), concluyendo cada una de las cuatro partes de la misma con la indicación de diversos signos de los tiempos: la socialización, la emancipación de los pueblos colonizados, la promoción de las clases trabajadoras y el ingreso de la mujer en la vida pública. También Pablo VI recoge la expresión en su primera encíclica, *Ecclesiam suam* (16 de agosto de 1964), en la cual niega que la perfección de la Iglesia se identifique con el inmovilismo y llama la atención crítica sobre los signos de los tiempos como metodología permanente de la vida de la Iglesia en la historia.

En la reflexión teológica de los últimos decenios, gracias especialmente a teólogos como Congar, Daniélou, Rahner, de Lubac, etc., se impone cada vez más la conciencia de que el tiempo entra plenamente en la vida del espíritu humano y constituye una característica esencial de toda experiencia humana, incluso de la experiencia de la fe, la cual mira a la salvación y la realiza en la historia misma. En este sentido, no hay fe sin historia, ni salvación sin historia, ni teología sin historia. La fe, en efecto, es respuesta al don histórico de la salvación; la salvación es acontecimiento en sí misma; la teología sólo puede existir partiendo de hechos concretos: desde Abrahán a Cristo y a la Iglesia viva en el tiempo y en el espacio. La teología nace en la historia, se lee en la historia y se orienta a la historia, porque Dios se ha hecho palabra y acontecimiento tan solo en la historia, y el cristianismo no es un sistema de ideas, sino una “economía de salvación”. “La Iglesia -advierte Juan Pablo II- (...) está invitada a redescubrir de modo cada vez más profundo y vital que Jesucristo, el Señor crucificado y resucitado es ‘la clave, el centro y el fin de toda la historia humana’ (Juan Pablo II, 1988)”.

Jesucristo es el Señor de la historia, que vive y palpita dentro de ella; es reconocible a los ojos de la fe en todo acontecimiento de liberación y de justicia; está presente en todo grito de dolor; impulsa todo amor verdaderamente humano que destella en la historia; es capaz de atraer a sí todas las cosas de la historia.

La Iglesia es el lugar donde el Evangelio está siempre actual y explícitamente operante en la historia; el lugar en que la Palabra de Dios se convierte en acontecimiento, historia cotidiana y existencia concreta. Historia y existencia en constante fluir y devenir, como la vida y su acontecer.

Esto vale especialmente para el orden sobrenatural, animado por el Espíritu Santo, “altísimo don de Dios, fuente viva, fuego, amor y espiritual unción” y “dulce huésped del alma”, como a El se dirige la Iglesia. Es el alma de la Iglesia, es -en expresión del cardenal Mercier- “alma de mi alma”, el alma de cada alma cristiana. Pues, “él es el gran animador de la historia ... En los acontecimientos de salvación ... él es la trama escondida, el verdadero agente soberano, aquel que mueve todo lo que tiende al reino, que inspira la fuerza de luchar contra todo lo que obstaculiza la realización del reino, que recapitula todas las cosas en Cristo (cf Ef 1, 10)” (Gennari, 1983: 1296).

A la luz de los signos de los tiempos puede el creyente descubrir la presencia y acción del Espíritu Santo en la historia propia y en la del mundo. Los grandes acontecimientos que transforman el rostro del mundo vienen a ser, pues, signos de su operatividad.

Signos de los tiempos presentes, y por lo tanto signos de la operatividad del Espíritu de Dios en la actualidad han sido considerados, por ej.: la socialización, la promoción de la mujer, la exigencia de que las palabras correspondan a los hechos, la necesidad de autenticidad y de sinceridad en todo sentido, el peligro de la polución ecológica, el movimiento ecuménico, la violencia como mal en sí misma, la aparición de la crítica de la intolerancia y tiranía de cualquier signo y de cualquier color ideológico y político, la crisis numérica de

vocaciones sacerdotales y religiosas y las nuevas posibilidades para el ministerio sacerdotal y para la observancia significativa de los votos religiosos, etc.

Lo que acabo de exponer, siguiendo sobre todo a Giovanni Gennari, experto en problemas teológicos y pastorales, es, por cierto, un alegato trascendental, alentador y a la vez comprometedor para todo historiador cristiano. Para ustedes lo es en la especialidad de la historia salesiana.

Historia que se inserta, obviamente y de lleno, en la historia universal a través de la Iglesia. En efecto, la Sociedad de San Francisco de Sales e igualmente el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, son no solo fruto de una idea humana, sino de la iniciativa de Dios. Lo declara expresamente, respecto a la Sociedad Salesiana, el primer artículo de sus Constituciones, añadiendo a continuación: “Para contribuir a la salvación de la juventud-*la porción más delicada y valiosa de la sociedad humana* (MB 2, 45)-, el Espíritu Santo suscitó, con la intervención materna de María, a san Juan Bosco”.

Siendo así, “la vocación salesiana nos sitúa en el corazón de la Iglesia y nos pone plenamente al servicio de su misión (C 6)”. Por otra parte, “nuestra vocación nos pide que seamos íntimamente solidarios con el mundo y con su historia ... Las necesidades de los jóvenes y de los ambientes populares, y la voluntad de actuar con la Iglesia y en su nombre, mueven y orientan nuestra acción pastoral por el advenimiento de un mundo más justo y más fraterno en Cristo “ (C 7).

Hemos, pues, de discernir e interpretar los signos de los tiempos en relación y en orden a la misión que le incumbe a la Familia Salesiana en la Iglesia y en el mundo contemporáneo.

Ustedes se proponen en este Seminario examinar “líneas teológicas, espirituales y pedagógicas de la Sociedad Salesiana y del Instituto FMA en el período 1880-1922”. Esas líneas, como las de cualquier otro lapso de tiempo de ambas Congregaciones de la Familia Salesiana, vienen a ser, sin duda, respuesta a los respectivos signos de los tiempos.

Parecería una paradoja enfatizar los signos de los tiempos propios de tiempos pasados; en su caso, del lapso 1880-1922. Pero es imprescindible comprender los signos de los tiempos que en esas décadas determinaron líneas u orientaciones teológicas, espirituales y pedagógicas para la acción de los miembros de la Familia Salesiana. Lo mismo cabría decir para cualquier otro período.

Desde luego, contamos siempre con el influjo del Espíritu Santo, como lo ponen de relieve cinco artículos de las Constituciones de los Salesianos de Don Bosco (son los art. 1, 2, 3, 21, 146), y con la presencia operante de la Virgen: a ella la creemos verdaderamente presente entre nosotros para continuar a través nuestro su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos (C 8; cf también los art. 20 y 34).

Hoy habría que ver a qué signos de los tiempos es menester que responda nuestra Familia, en el cumplimiento de su cometido en la Iglesia y en el mundo.

Pido a Jesús, Señor de la historia, por la intercesión de su Madre, “Sede de la Sabiduría”, que en estos días del Seminario puedan ustedes individuar los signos de los tiempos a que respondieron en dichas décadas las líneas teológicas, espirituales y pedagógicas del accionar salesiano y a la vez, de ser posible, individuar los signos de los tiempos a que debiéramos responder hoy. Jesús, por la gracia de su sacrificio redentor que está por renovar aquí y ahora, conceda a ustedes y a todos los integrantes de la Familia Salesiana, discernimiento, sagacidad, sabiduría, dedicación y arrojo a fin de contribuir con él lo mejor posible en la construcción del Reino, siendo límpidos testigos y testimonios suyos y en particular de su amor entre los jóvenes, sobre todo los más carenciados y más en peligro en cualquier sentido.

FUENTES

GENNARI Giovanni, *Signos de los tiempos*, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, dirigido por Stefano De Fiores y Tullio Goffi, Madrid, Ediciones Paulinas, 3ª. ed., 1983, s. v.

JUAN PABLO II, Catequesis en la audiencia general de los miércoles, 23 de setiembre de 1998.

SALESIANOS DE DON BOSCO, *Constituciones y Reglamentos Generales*, Madrid, Editorial CCS, 1985.

Palabras del P. Del Col a los participantes del Seminario Latinoamericano de ACSSA (Associazione Cultori di Storia Salesiana), el 16 de marzo de 2004

Esbozo historiográfico patagónico-salesiano

Ayer un Encuentro de ACSSA tuvo lugar en Viena, capital de una nación famosa y ciudad que fue residencia de los emperadores del Sacro Imperio desde el siglo XV y que en el siglo XIX se convirtió en la primera ciudad germánica. Hoy ACSSA se reúne para un Seminario Latinoamericano en Bahía Blanca, que ni siquiera es capital

de provincia, sino como un apéndice de la provincia de Buenos Aires. No puede compararse en absoluto con Viena ni con las anteriores ciudades que hospedaron Encuentros de ACSSA.

Así y todo, en la jerarquía de ciudades de la Argentina, por su tamaño (unos 300 mil habitantes) ocupa Bahía Blanca el lugar décimocuarto, y por las funciones que cumple viene a ser una Metrópoli Regional. Así, en el ámbito de la cultura es sede de dos Universidades y varios Institutos de nivel superior no universitario. En otro orden de cosas, se distingue también por un complejo portuario y un Parque Industrial dotado de un notable Polo Petroquímico.

Desde el punto de vista de la Familia Salesiana reviste una particular importancia. Es la puerta a la Patagonia, la tierra de los sueños de Don Bosco. La Inspectoría Salesiana local se denomina precisamente Inspectoría de la Patagonia Septentrional, pero lo es también de la Patagonia Central: abarca, en efecto, el SO de la provincia de Buenos Aires y las provincias de Río Negro, Neuquén y Chubut, o sea la mayor parte de la Patagonia; la parte restante, es decir, las provincias de Santa Cruz y Tierra del Fuego son atendidas por la Inspectoría de Buenos Aires. Análogamente ocurre con el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Bahía Blanca, asiento de una Inspectoría de los SDB y de otra de las HMA (o FMA), se complace en darles la bienvenida a ustedes, que provienen de varios países de nuestra América Latina (Antillas, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Méjico, Paraguay, Uruguay, Venezuela, y por supuesto Argentina). Es modesto el escenario que les podemos brindar, pero se lo brindamos con un corazón amplio y dilatado como las pampas patagónicas.

Han venido ustedes a una región difícil de encasillar. La Patagonia, en efecto, fue considerada una tierra fantástica, poblada de extraños animales y plantas, y de gigantes vestidos con mantos hechos de pieles cosidas. Fue el escenario épico de rastrilladas y furias guerreras. Fue, y en parte lo es todavía, un “far-west” argentino. Se la definió el “espacio insumiso”. Se la vio y se la ve como una geografía barrida por vientos impetuosos. Algún país del primer mundo vio en la Patagonia el lugar ideal para los desechos nucleares, y asimismo como la zona estratégica mundial para colocar un escudo misilístico. Sus mares constituyen el paraíso de la pesca, lamentablemente de una pesca indiscriminada y depredadora. Por el Estrecho de Magallanes pasa la mayor cantidad de energía y alimentos de todo el mundo. En su plataforma submarina subyacen enormes reservas de hidrocarburos. En sus mesetas se almacena el agua para abreviar la sed futura de la humanidad. Con razón, esta “Proa del Mundo”, como el ilustre ingeniero bahiense Domingo Pronsato definió la Patagonia, es una tierra de promisión. Es la “región de la aurora” que soñó Don Bosco, según la definiera el padre Raúl Entraigas (cf Castañeda, 2002). Por cierto fue la segunda patria de Don Bosco y de la Familia Salesiana, la patria de su primer amor misionero.

Cabe poner de relieve que al conocimiento de la Patagonia contribuyeron notablemente unos SDB. Es insoslayable nombrar aquí al padre Lino del Valle Carbajal (o Lino Carbajal del Valle) y al padre Alberto De Agostini.

El primero dio a conocer la Patagonia a través de su monumental obra de cinco volúmenes (casi dos mil páginas en total), titulada justamente “La Patagonia”. Esta obra, publicada en italiano en 1900 con motivo de la Exposición Misionera Mundial que se realizó en Turín, fue ponderada como “la más completa, la más esmerada y atrayente” (Bosco, 1986: 19) de las obras escritas hasta entonces sobre la Patagonia. Tal el juicio, por ej., de *La Civiltà Cattolica*, el *Globus* y el *Bollettino Bibliografico* de Turín. El autor, para verificar fehacientemente todos los datos consignados en su obra, inició en 1901 una serie de viajes por Tierra del Fuego, el Territorio del Chubut y llegó hasta Punta Arenas. Había sido nombrado “explorador de los territorios del sur con 3.000 pesos moneda nacional de viático y todos los medios de transporte por agua y tierra por cuenta del gobierno” (Dumrauf, 1997: 37-38). En 1904 viajó a Buenos Aires para dar los últimos retoques a su obra que aparecería en castellano. Pero, debido a un cáncer maligno, falleció ahí a la temprana edad de 35 años apenas cumplidos.

También el padre Alberto De Agostini se dedicó al estudio “in situ” y a la difusión de sus investigaciones sobre la Patagonia. Se lo calificó “explorador y héroe patagónico” (Lausic, 1992). El, en sus libros de alta calidad describe las travesías y excursiones que efectuara en Tierra del Fuego, deteniéndose minuciosamente sobre la flora de esa zona, que a sus ojos aparecía como un Edén desconocido. Describe asimismo las bellezas extraordinarias y la grandiosidad de los paisajes, montes, ventisqueros, lagos, ríos y fiordos del área austral fueguina y de distintos sectores de la Cordillera Andina: “majestuoso templo de la naturaleza”, en expresión del mismo (Lausic, 1991).

Pero ustedes vinieron a Bahía Blanca, umbral de la Patagonia, no para adentrarse en la temática patagónica, sino para analizar “líneas teológicas, espirituales y pedagógicas de la Sociedad Salesiana y del Instituto FMA en el período 1880-1922”. Esto escapa a mi competencia y a mi cometido presente. Pero sí puedo puntualizar algo, que redundará en honra y estímulo, no solo de las inspectorías de ambas Congregaciones, sino de la entera Familia Salesiana.

La Patagonia, en efecto, en ese mismo período vio florecer a Ceferino Namuncurá, “el lirio de la Patagonia”, y a Laura Vicuña, “la azucena de los Andes” (sobrent. patagónicos). Hoy el Rector Mayor, don Pascual Chávez Villanueva, los propone en primer término, juntamente con Domingo Savio, como modelos de santidad, en la acepción de “alto grado de vida cristiana ordinaria”, para la juventud o adolescencia. De cuño patagónico es

también la santidad de nuestro contemporáneo Don Artémides Zatti, “el pariente de todos los pobres”, como lo definiera el padre Entraigas. Es un eximio modelo de solidaridad, tan a propósito hoy en que el mundo ha de aspirar a la globalización de la solidaridad desplazando la nefasta globalización del egoísmo.

A estas figuras patagónicas tan señeras, tan modélicas, podría añadirse una larga nómina de miembros de la Familia Salesiana en la Patagonia, que se han dedicado a la evangelización y civilización de la misma, según el carisma de Don Bosco. Cabe nombrar aquí, ante todo, al padre Juan Cagliero, el hijo predilecto de Don Bosco. En 1875 fue él quien capitaneó el primer contingente de diez misioneros salesianos que zarpó de Génova con destino a la República Argentina. En 1884 fue consagrado obispo en Turín y nombrado vicario apostólico de la Patagonia. En 1904 sería promovido a arzobispo y en 1915 sería elevado a la dignidad cardenalicia, viniendo a ser el primer Cardenal salesiano, como fuera el primer obispo salesiano y el primer obispo de la Patagonia. Múltiples son las benemerencias de él en estas tierras australes. El General Roca, siendo presidente de la República, lo llamó “Pacificador del Sud”, por los felices resultados de su actuación para incorporar a los indígenas al orden y a la ley. También lo llamó “el Civilizador de la Patagonia”. El mismo se apellidó, modestamente, y le gustaba que lo llamaran “el Capataz de la Patagonia”. El P. Entraigas titula su biografía así: “El apóstol de la Patagonia” (Dumrauf, 1997: 168).

Pero ¡cuántos otros pacificadores, capataces, civilizadores y apóstoles de la Patagonia, de ambos sexos, han jalonado la historia salesiana en el Sur argentino! Limitándome a los SDB, tales fueron, por ej., Mons. José Fagnano, “el Capitán Bueno”, como lo apodaron los indígenas” (Dumrauf, 1997: 82); el P. Domingo Milanésio (el “Patiru Domingo”, o “misionero Domingo” para los mapuches), quien fue un adelantado del evangelio en la Patagonia; el P. Bernardo Vacchina, heraldo de la cultura del Chubut; el P. Pedro Bonacina, “El Angel del Colorado”, pionero y misionero del Río Colorado; el P. José María Brentana, cura universal del alto valle del Río Negro y Neuquén; el P. Alejandro Stefenelli, un pionero del Río Negro; el P. Miguel Borghino, “ligado al progreso de Bahía Blanca por las obras materiales que concretó, pero (...) principalmente por la impronta educativa humana y cristiana que legó” (Dumrauf, 1997: 205), el P. Evasio Garrone, el “Padre Dotor” (ib.: 63). Más recientemente, el P. Marcelo Gardín, líder, pionero, organizador, adelantado, creador de la infraestructura de la Iglesia misionera del norte neuquino, a quien su biógrafo, el P. Oscar Barreto, designa como “el último de los grandes misioneros en la Provincia del Neuquén y la Patagonia” (Barreto, 1985: 178). Pero en nuestros días otro misionero se yergue airoso entre los grandes misioneros de la Patagonia. Me refiero al P. Francisco Calendino, a quien el P. Héctor Jorge D’Angelo aplica los títulos de “Patagónico, Salesiano, Misionero”, obviamente en grado superlativo, presentándolo como una “verdadera Epopeya de la Humildad al Servicio de la Iglesia en estas tierras de los sueños de Don Bosco” (D’Angelo, 2003: p. 16).

Estos y tantos otros, como tantas Hijas de María Auxiliadora que se desempeñaron codo a codo con los Salesianos en la Patagonia, merecerían sendos medallones o biografías. Constituyen, en verdad, una galería maravillosa en lo humano y cristiano con impronta salesiano-patagónica.

También con respecto a la especialización histórica que ustedes cultivan, la Patagonia cuenta con varios y valiosos representantes: el P. Raúl Entraigas, el P. Pascual Paesa, el P. Juan E. Belza, el P. José María Beauvoir, el P. Maggiorino Borgatello, el P. Domingo Milanésio, el P. Pedro Giacominí, el P. Lorenzo Massa, el P. Luis Pedemonte ...; y más recientemente, el P. Ernesto Szanto, el P. Oscar Barreto, el P. Alberto Dumrauf, el P. Vicente Martínez Torrens, el P. Jaime Belli. También lo fueron, en parte, los ya nombrados P. Lino del Valle Carbajal y el P. Alberto De Agostini, así como el P. Manuel J. Molina. Entre los cultores patagónicos de la historiografía salesiana destaco al P. Entraigas, al P. Paesa y al P. Szanto, por ser autores de varias obras de fuste.

El último nombrado tuvo la suerte en 1985 de encontrar en la biblioteca de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma el documento inédito de Don Bosco titulado “La Patagonia e le Terre Australi del Continente Latinoamericano”. Lo presentó luego como “Proyecto Patagonia de Don Bosco” con una introducción y nota crítica y relativa traducción castellana, en la obra “La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano (Bosco, 1986). “Pienso -afirma el P. Szanto- que es un documento de especial importancia para la Patagonia entera, en primer lugar. Y también para los investigadores que bucean en la historia de las Misiones Salesianas” (ib.: 22).

Hago notar que algunos de los nombrados poseen títulos que los acreditan especialmente como historiadores. Tal es el caso del P. Entraigas, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina; fundador de la Junta de Investigaciones y Estudios Históricos de Río Negro; miembro correspondiente de las Juntas de Historia del Chubut y Neuquén ... (Dumrauf, 2000: 20-21). Asimismo, el P. Pascual Paesa fue miembro de la Academia Nacional de la Historia; de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina; de la Junta de Estudios Araucanos ... El P. Ernesto Szanto fue miembro de número de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Entre ustedes mismos hay una profesora del Instituto Superior Juan XXIII de esta ciudad, la Licenciada y Profesora en Historia, María Elena Ginóbili de Tumminello, que estudió a fondo la obra inédita del P. Lino Carbajal “Los Onas o Selk’Nam” aportando observaciones etnológicas y etnográficas (Ginóbili, 1994). Cuidó también de la publicación, con anotaciones propias, del relato histórico que lleva por título “La cautiva o

Rayhuemy” (Ginóbili, 1995). En la Introducción del primer estudio ella hace constar, como agradecimiento implícito, que el material le fue facilitado por los padres Ernesto Szanto y Valentín Rebok y en la introducción del segundo estudio anota que el material le fue facilitado por el padre Valentín Rebok, Director del Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia. También el padre Rebok -que mañana estará a cargo de una conferencia-, además de ser archivero es licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y su tesina de grado versó sobre la Patagonia, desarrollando este tema: “Iglesia y Sociedad en el Primer Lustró de la Patagonia incorporada. Introducción a aspectos de la Historia Eclesiástica civil patagónica entre 1878 y 1888” (Roma, 22 de noviembre de 1979).

Concluyo: ¿Ha sido el mío un autobombo patagónico? Yo entendía tan solo darles a ustedes una cordial bienvenida, presentando un marco patagónico y salesiano y un esbozo historiográfico patagónico que estuviera en consonancia con este Seminario Latinoamericano.

Que María Auxiliadora, Patrona del Agro Argentino; Don Bosco, el Visionario de la Patagonia; Laura Vicuña, Ceferino Namuncurá y Artémides Zatti, las glorias más puras de la Patagonia salesiana, así como los misioneros y misioneras de la Familia Salesiana que se dedicaron sin restricción y sin pausa a la evangelización y civilización de la Patagonia y disfrutaban ahora del premio celestial, les sonrían y alienten en estos días de análisis históricos salesianos.

Fuentes

BARRETO Oscar, *En las trincheras de Dios. Semblanza sacerdotal y andanzas misioneras del Padre Marcelo Pío Gardín*, Bahía Blanca, Editorial del Sur, 1985.

BOSCO Juan, *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*, Bahía Blanca, Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia Norte e Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1986.

CASTAÑEDA Jorge, *¿Qué es la Patagonia?*, en el diario *Río Negro*, 29 de junio de 2002.

D'ANGELO Héctor Jorge, *Padre Francisco Calendino: Patagónico, Salesiano, Misionero* (carta mortuoria), Bahía Blanca, 8 de diciembre de 2003.

DUMRAUF Alberto, *Pertenecen al Señor*, Bahía Blanca, Archivo histórico salesiano de la Patagonia Norte; I tomo, 1997; II tomo, 1998, III tomo, 1999; IV tomo, 2000.

GINÓBILI María Elena de Tumminello, *Los Onas o Selk'Nam. Observaciones etnológicas y etnográficas de la obra inédita del P. Lino Carbajal*, en *Cuadernos del Instituto Superior “Juan XXIII”*, n. 17, Bahía Blanca, 1994.

GINÓBILI María Elena de Tumminello, *La Cautiva o Rayhuemy, Relato histórico inédito del Padre Lino D. Carbajal*, Bahía Blanca, Instituto Superior Juan XXIII, 1995.

LAUSIC G. Sergio J., *Alberto De Agostini: explorador y héroe patagónico* (primera parte), en *Impacto* n. 27, 7 de diciembre de 1991.

LAUSIC G. Sergio J., *Alberto De Agostini: explorador y héroe patagónico* (segunda parte), en *Impacto* n. 28, 4 de enero de 1992.